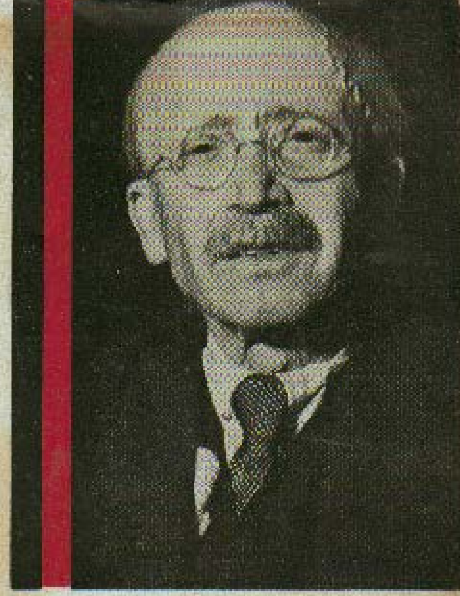


Lo que pudo hacer España en Marruecos, y lo que ha hecho

por

Gonzalo de Reparaz

CONFERENCIA PRONUNCIADA EN EL CINE COLISEUM DE BARCELONA, EL DIA 17 DE ENERO DE 1937.

OFICINAS DE PROPAGANDA
CNT FAI



Lo que pudo hacer España en Marruecos, y lo que ha hecho

Continuando el ciclo de conferencias organizado por las Oficinas de Propaganda C. N. T. - F. A. I., el domingo, a las once y media de la mañana, en el cine Coliseum, el insigne geógrafo e historiador y militante de la C. N. T., Gonzalo de Reparaz, desarrolló el sugestivo tema "Lo que pudo hacer España en Marruecos y lo que ha hecho".

El espacioso local del cine Coliseum fué, como de costumbre, insuficiente para cobijar la enorme masa de público que deseaba, con avidez, oír la palabra del erudito publicista, cuyo prestigio como tratadista de estos temas, a los que ha consagrado su vida entera, no tiene parangón. Un servicio de altavoces hizo llegar la interesante conferencia a los oídos de nuestros compañeros estacionados en la calle.

La competente disertación de nuestro camarada Gonzalo de Reparaz fué escuchada con muestras de general agrado y premiada, al final, con entusiastas aplausos.

Al finalizar el acto, el público escuchó, puesto en pie, los himnos "A las barricadas" y los "Hijos del pueblo".

PRESENTACIÓN DEL ORADOR

El director de "Solidaridad Obrera", Jacinto Toryho, secretario de las Oficinas de Propaganda C N. T. - F. A. I., abrió el acto, haciendo la presentación del conferenciante, con las siguientes palabras:

"Trabajadores de Barcelona, de Cataluña y de España entera: Venir aquí a presentar a Gonzalo de Reparaz, es como venir a descubrir el Mediterráneo, porque Gonzalo de Reparaz tiene una figura, un prestigio y un crédito que lo hace exento de toda clase de presentaciones. Nosotros no admitimos este prurito; solamente queremos rendir, mediante estas breves palabras, un acto de gratitud, un acto de verdadera pleitesía al hombre que durante toda su vida ha estado luchando con la pluma y con la inteligencia en favor de lo que hoy tiene lugar en España. La C. N. T. y la F. A. I. acogen en su seno lo más selecto de la intelectualidad española; a los intelectuales honrados, a aquellos que no han estado sirviendo al señor que mandaba, según las circunstancias y según las remuneraciones. Y éstos, los que militan en nuestro seno, son personas decentes en toda la extensión

de la palabra. No queremos mercaderes, no queremos personas que venden la pluma, la inteligencia y el honor; queremos hombres íntegros, y uno de éstos es el que va a hacer uso de la palabra. La Oficina de Propaganda de la C. N. T. - F. A. I., por estas breves palabras que hoy pronuncio, le rinde un acto de gratitud, como he dicho, y se lo brindan también todos los compañeros de la C. N. T. y de la F. A. I. que le conocen y que han visto en esta figura uno de los que, con sus medios de lucha, ha cooperado más que otros muchos a fomentar el espíritu y el empuje de consistencia y moralidad que hoy impera dentro de la República española.

HABLA GONZALO DE REPARAZ

Al levantarse a hablar el insigne conferenciante es acogido con una salva de aplausos, como reconocimiento a su honestidad y a su talento, acallada la cual, Gonzalo de Reparaz comienza así:

Compañeros y amigos: Primero, dar las gracias a la amable presentación del compañero Toryho. Yo no he hecho en mi vida más que cumplir con mi deber, y, sobre todo, con mi vocación, contra la cual inútilmente hubiera querido luchar, si me hubiese propuesto disminuirla, atenuarla o desviarla; así, pues, no hay mérito ninguno en mi obra, nacida por la fuerza que llevo dentro y que no puedo dominar.

Con esto, entro en materia rápidamente, porque reconozco que es una insigne verdad aquella que un gran sabio de Bagdad escribió hace ya casi mil años.

Elocuencia es el arte de exponer las ideas con las menos palabras posibles. En España es lo contrario. Nuestros oradores políticos son excelentes en disolver en muchísimas palabras muy pocas ideas. Por eso nuestros grandes retóricos, peritos en hablar, incapaces de hacer, no han servido para nada más que para desviarnos de nuestro camino, reduciendo el arte de gobernar a la producción de largos discursos, seguidos de enorme papelada legislativa, sin la menor eficacia vital. Yo me atendré hoy, con mayor rigor que nunca, a la ley de mi estilo, hablando o escribiendo, y que llamo de las tres CCC: Corto, Claro, Cálido.

TRAYECTORIA RECTA. EL DILEMA DE ESPAÑA

Tengo algunos documentos que os leeré en parte. No os alarméis: sólo unos párrafos. Lo restante, lo iré diciendo conforme vayan acudiendo los asuntos a mis labios.

Cuando llegué a Madrid, en marzo del 81, era yo un muchacho de veintiún años, educado en Portugal, nación colonial; metrópoli de vastas colonias; tierra donde las cuestiones coloniales pertenecen a la cultura vulgar y dirigen la política nacional. Lo contrario de lo que sucedía en España, donde ni en las alturas intelectuales había gente informada de tales materias, las cuales no interesaban a nadie. Mi ilusión era despertar la vocación colonista de los españoles.

Había contribuido a fundar la Sociedad de Geografía Comercial de Oporto, y había dado en ella mi primera conferencia, el 3 de enero de 1881. Van de aquélla a ésta cincuenta y seis años de distancia. La idea que me guiaba era esta: "Empieza en estos momentos el último período de la expansión de las grandes potencias: o España toma parte activa en la expansión, o acabará por ser una colonia más". Mi idea se halló sola en Madrid, donde no había ninguna de Geopolítica, ni la menor noticia de tal expansión. Lancéme temerariamente a mi propaganda sin arredrarme la tibieza del ambiente, el desdén y aun las sonrisas irónicas de los que se resignaban a escucharme, que no eran muchos.

La más alta cumbre de la política era Cánovas del Castillo, el estadista monstruo que toda Europa nos envidiaba. Era el restaurador de nuestra tradición, el continuador de nuestra Historia: resumen elocuente (en el Parlamento nadie le superaba hablando) de la general ignorancia del estado del Mundo y de la Península Ibérica que la sociedad española padecía, víctima de una cultura arcaica, desorientadora, lugareña: tibetana, para definirla geográficamente.

Soy terco. No me desanimé. Estaba seguro de que el problema español era el que yo planteaba, no los que ellos neciamente debatían.

EL PROBLEMA ESPAÑOL

España era (y es) "La expresión política de una Geografía imperfecta" y, por tanto, difícilmente podría seguir viviendo. Los puntos dinámicos de la Península, aquellos de que depende la vida del conjunto ibérico, eran (y son): la desembocadura del Tajo (Portugal), el estrecho de Gibraltar (calle principal del Mundo) y las Baleares, dique defensivo de nuestro litoral del Este. No estaban comprendidos en la triste España del siglo XIX el estrecho de Gibraltar ni Portugal, encontrándose las Baleares en situación tan comprometida, que me daba mucho que pensar. En 1893, cuando ocurrió la explosión del polvorín de Mallorca, escribí en un "álbum", que bajo el patrocinio de Maura se publicó dedicado al suceso, un artículo pronosticando que un día ocurriría allí una explosión mucho más grave, determinada por las opuestas ambiciones al dominio del Mediterráneo; profecía que nadie estimó digna de crédito y que aun sonó a desatinada y ridícula.

Pugnaba yo por traer a España a una política geográfica, es decir, basada en las leyes de la Naturaleza, muy diferente de la jurídica y literaria vigente, del todo opuesta a la de los directores espirituales de la nación, retrógrados o progresistas, todos igualmente palabreros e ignaros. Buscando el gobierno natural, era yo anarquista sin darme cuenta, sin proponerme serlo, instintivamente, pareciéndome en esto a aquel famoso personaje de Molière, que "faisait de la prose sans le savoir". Pero mi anarquismo, que yo no me notaba, me le notaban todos, porque tendiendo yo a la destrucción del edificio político e intelectual existente, ¿qué podía ser si no anarquista? ¡Un hombre que no respetaba nada de Pidal a Salmerón!

Y así he continuado siempre, en perpetua rebeldía contra todo el elemento director, con todos los caminos cerrados y con muy flacos medios de propaganda, porque la Prensa estaba con los directores y fué siempre mi enemiga, advirtiendo cuánto lo era yo de sus intereses, o sea, de los de sus amos, que era todo uno. El primer artículo sobre colonias que escribí, lo di al periódico que Ruiz Zorrilla publicaba en Madrid. No vió la luz. Aun está su manuscrito en mi archivo

Descubrí, en fin, un pequeño grupo de hombres de cultura geográfica que veían la angustiosa situación de España como yo: Torres Campos, Beltrán y Rozpide, Ferreiro, Coello, Costa. De una conversación entre Torres Campos, Costa y yo, nació la idea de emprender una campaña para interesar a la opinión pública en favor de la expansión colonial, empezando por Marruecos. Con tal fin, ingresamos Costa y yo en la Sociedad Geográfica de Madrid, ahora ridículamente llamada Nacional, a modo de miembro de la familia académica (de la Historia, de la Lengua, y demás centros ahumados del saber oficial). El 20 de febrero del 83, fuimos admitidos. Organizamos, con la ayuda de los demás conjurados propagandistas, el primer Congreso Español de Geografía Colonial y Mercantil. De él salió la Sociedad de Africanistas, y de la Sociedad de Africanistas las exploraciones a que debemos las posesiones del Sáhara y del golfo de Guinea, posesiones que, según entiendo, ya no poseemos. Salió también

nuestra doctrina africanista concretada por Costa en un magnífico discurso, de este modo:

"Los marroquíes son nuestros hermanos, y les debemos cariño; fueron nuestros maestros, y les debemos respeto y gratitud; han sido nuestras víctimas, y les debemos reparación cumplida."

Fué promulgada nuestra doctrina en el teatro de la Alhambra, lugar para el caso muy propio, por el nombre, el 20 de marzo de 1884. Cayó en el vacío.

HABÍA QUE INCORPORAR MARRUECOS A LA CIVILIZACIÓN

Nuestro problema era éste: España debía consagrarse a redimir a Marruecos, hermano menor, que se había quedado rezagado y estaba en peligro. Si sucumbía a las ambiciones que despertaba, pasábamos nosotros a estar en peligro. Nada de conquista: tutela de un hermano menor y enfermo por otro mayor y más robusto. Faltaba saber si teníamos la robustez necesaria. Para la conquista, todos declaraban que no. Y como la ignorancia de la cuestión, dolencia nacional, tenía convencidos a políticos y no políticos de que no había más procedimiento que el de la conquista, el africanismo les parecía una insigne majadería. La penetración pacífica no pasaba de ensueño de varios ilusos.

Los hombres prácticos y realistas se resistían a vivir soñando. La Prensa, también realista y práctica, seguía siéndonos hostil o indiferente. Todos los periódicos de España juntos no gastaban mil pesetas anuales en artículos sobre el tema colonial y africano. Perseverando en consagrar a él mis actividades, vivía de milagro, condenado por mí mismo a pobreza vitalicia.

Así transcurrieron diez o doce años más. La expansión colonial de las potencias capitalistas buscadoras de mercados de primeras materias y de posiciones geográficas llegó, al fin, a nosotros. Castelar nos había asegurado, poco antes, que, "dadas las excelencias de nuestra situación geográfica y la fama de guerreros invencibles que tenemos, podíamos estar seguros de que nadie atentaría contra nuestra intangible integridad". Fuí su único impugnador. Aplaudióle el público. A mí nadie me hizo el menor caso. El domingo de Carnaval del año 1895, nos dieron los cubanos la pesada broma de proclamar su independencia. Estaba Sagasta al frente del Gobierno. Despidiéronle y llamaron a Cánovas. La gente aprobó el cambio. En los ateneos, academias, cafés y tertulias de personajes, pensaban los comentadores que Sagasta era mejor que Cánovas para los usos domésticos que no requerían ciencia, sino astucia; mas para cosas externas y de mayor fuste, Cánovas era nuestro único hombre. La verdad era que para tales menesteres no teníamos hombre alguno. Cánovas había comenzado su carrera política, tras breve paso por Gobernación, en el Ministerio de Ultramar. ¡Y de cuestiones ultramarinas nada sabía!

Era ley de lo que llamaban carreras políticas empezarla en aquel ministerio, que les parecía a los oligarcas sin importancia. A lo sumo, una mina de empleos, madeja fácil de manejar desde Madrid. ¿No estaba el ministerio a dos pasos de la Puerta del Sol, vivero de cesantes, es decir, de la única clase de colonos que conocían las oligarquías?

En las postrimerías del régimen anterior, cuando doña Isabel, abrazada a Marfori, se solazaba en Lequeitio, no pensando pasar la frontera, su ministro de Ultramar era Rodríguez Rubí, el poeta del famoso ripio

Desde el helado hasta el ardiente Polo

Cánovas, fiel continuador de la Historia de España, entregó la cartera ultramarina del primer Gobierno de la Restauración, a otro poeta, López de Ayala, el cual, para estar bien asesorado, se llevó de secretario a To-

más Luceño. A mi llegada a Madrid, el ministro era otro literato: Víctor Balaguer, contra el cual escribí mi primer artículo. Esto no impidió que volviese al ministerio. Otro ministro de Ultramar fué Núñez de Arce. Otro, Fabié ("el tonto adulterado por el estudio", dijo Cánovas), fué una excepción: era farmacéutico.

A LA CARCEL, POR DECIR LA VERDAD

Así fuimos a dar de bruces en el conflicto ultramarino, sin preparación, sin saber en qué consistía. Era internacional y marítimo. Cánovas se empeñó en resolverlo enviando 200.000 muchachos de la Península a guerrear en la manigua cubana, repitiendo el error que ya cometieran los supuestos revolucionarios del 68 al 74. "Esto es —decía yo—, como lanzarse al mar para pescar, cogiendo los peces con la mano." Y también (siepre en "Heraldo de Madrid", que era mi periódico): "Esta es la guerra del tiempo de Viriato, sin Viriato". Finalmente, acusé a Weyler de incapaz y de inmoral, y anuncié la catástrofe que se venía encima a toda prisa. Cánovas me metió en la Cárcel Modelo, y de allí quiso mandarme a la manigua como soldado, suponiéndome prófugo. Weyler me estuvo esperando muy contento. Pero, en vez de ir yo a La Habana como soldado, vino él a Madrid destituído. Como no servía para nada, llegó a capitán general y a duque del Rubí.

Realizados mis vaticinios, vino un Gobierno que se llamó regenerador, el cual, queriendo evitar mi presencia en el Congreso (por el distrito de Priego, precisamente), me mandó al extranjero en comisión de estudios. Así fuí a caer en París, en el preciso momento en que la política europea llegaba a un punto crítico, interesantísimo para España.

LA SITUACIÓN EUROPEA

Era la siguiente. Francia había buscado una compensación a sus derrotas del 70-71, emprendiendo la creación de un vasto imperio colonial. Abandonaba la política de Richelieu, Luis XIV y Napoleón (dominio del Continente) por la de Colbert y Choiseul (expansión marítima). Chocó con el Imperio inglés, como otras veces. Pero como el Imperio inglés chocaba al mismo tiempo con el Imperio alemán, naciente y potente, tuvo que escoger entre oponerse al uno o al otro. Optó por entenderse con el más débil, que era el francés, contra el otro. Por eso el conflicto de Fachoda (1898) tuvo inesperadas consecuencias. Cayó en Francia Hanoteaux y sucedióle Delcassé, partidario de llevar todo el esfuerzo de Francia al Rin, en vez de esparcirlo por los mares. Y como poco después subió al trono de Inglaterra Eduardo VII, que, además de enemigo personal de su pariente Guillermo, compartía la animosidad de su pueblo contra el competidor germánico, París y Londres se entendieron fácilmente. Pronto vinieron conjuntamente a este propósito: resolver la cuestión del Mediterráneo de modo a dejar contentas a Italia y a España, con lo que, eliminado todo peligro de complicaciones en el Sur, podrían consagrar todas sus fuerzas a la destrucción, con ayuda de Rusia, del enemigo común. Italia recibió la promesa de apoderarse de Trípoli en la primera ocasión. Hízolo en 1912.

Quedaba España. Creyeron los nuevos aliados que la dejarían muy contenta entregándole buena parte de Marruecos. Engañados por la leyenda, daban por cierto que la agasajada recibiría con gran júbilo el agasajo. Empezó Delcassé por ceder en lo tocante al golfo de Guinea y el Sáhara (Tratado de junio de 1900).

Con España, lo que se negoció fué, sencillamente, encargarla del protectorado de Marruecos y de toda la inmensidad del Sáhara hasta el Senegal, menos el reino del Marrakech, que se reservaba Francia. Con esto, Del-

cassé pensaba hacerse un buen amigo, quizá un aliado, en el Sur. Insinué sus propósitos a León y Castillo, nuestro embajador, al tratar de la limitación de nuestros territorios del Sáhara, en 1900. Comunicada la insinuación a Silvela, presidente del Consejo, fué rechazada con horror la idea de suscitar la cuestión de Marruecos. "¿Esta usted loco?", decía el presidente en carta particular. Pero el embajador, que no estaba loco, sino que era el único político español cuerdo, me dijo: "Yo de esto no sé nada. Necesito que usted me ponga al corriente."

Le puse y se obtuvo de Delcassé lo que acabo de decir.

ESPAÑA NO DEBIA IR A CONQUISTAR NADA EN MARRUECOS

Hice, com técnico, la parte geográfica del tratado. Pero, al mismo tiempo que conseguía para España Tánger, Fez, Uxda, casi todo Marruecos, en suma, me dedicaba a preparar nuestro plan político, inspirado en nuestra fórmula del teatro de la Alhambra, por la cual renunciábamos a toda la tradición de nuestra política en Africa, cristiana, proselitista y guerrera, para adoptar la del Jalifato de Córdoba, que había de conducirnos a presidir en Berbería una confederación de pueblos hermanos.

—No necesitamos —me decía entusiasmado el embajador— un batallón ni un acorazado.

También yo estaba entusiasmado, harto ajeno de pensar que el despertar de aquel bello ensueño sería la ruina de España y la mía: El embajador se murió a tiempo.

LA MANO DE LA POLITICA

Todo corrió bien mientras no se llevó el tratado a Madrid. Sagasta lo aceptó. El duque de Almodóvar, ministro de Estado, también. Pero, al día siguiente de recibirlo, tuvo que marchar a Jerez para asistir a la boda de una hija, y estando allí ocurrió repentinamente la crisis, provocada por la arterioesclerosis de Sagasta, que se moría a chorros. Volvió el duque. No creyó que tenía autoridad para firmar, y dejó este cuidado a Abarzuza, primer castelarino. Asustóse el nuevo ministro ante el tratado, como ante una bomba. Corrió a avisar a Maura de la existencia de aquel monstruo que contenía, seguramente, una guerra con Inglaterra. Ignoraba completamente el cambio de la política internacional. Estaba en Fachoda, y convencido de que Francia e Inglaterra no se entenderían "jamás, jamás y jamás". Así se lo dijo por carta al embajador. Y tan unidas estaban ya entonces las dos naciones, que van pasados treinta y cuatro años y no ha habido medio de despegarlas todavía.

Maura se asustó y corrió a asustar a Silvela, amenazándole con la crisis si el Gobierno firmaba aquello. Silvela no firmó, olvidado de lo que había dicho a León y Castillo, en agosto del año anterior, al darle éste a conocer el documento en preparación: "El estadista que tal ocasión dejase pasar sin aprovecharla, no merecería perdón de Dios ni de la Historia."

No sé lo que habrá dicho Dios, pero la Historia seguramente condenará a las penas eternas del vituperio a los tres causantes de aquel desastre diplomático.

Causantes con la complicidad de la masa social y de la Prensa. Los disparates de ésta hicieron mucho daño a las negociaciones posteriores.

Inglaterra había dado su palabra de honor a España (lord Lansdowne al duque de Mandas, nuestro embajador en Londres) de que no cerraría la negociación con Francia sobre Marruecos, sin España. Faltó a ella y firmóse, el 5 de abril de 1904, la "Entente Cordiale". Empezó nuevo diálogo francoespañol, en el que Inglaterra nos recomendó al otro nego-

ciador, encargándole de tener en cuenta nuestros intereses en el Imperio. Con esta recomendación, los intereses que defendía eran los propios. Tratábase de impedir que el imperio colonial francés llegase al Estrecho. España iba a servir de "état tampon". Pudo quedarse de dueña de la finca. No quiso. Prefirió desempeñar la portería del Mediterráneo. ¡Si al menos la hubiera desempeñado fielmente! Pero la acaba de entregar.

También me tocó hacer el Tratado de 1904. Era poco, comparado con el anterior; pero todavía era algo. Tánger seguía inscrito en nuestra zona.

Siguieron complicándose las cosas, y de ello resultó que, por último, los tratados entre Francia y España vinieron a caer en manos de nuestros políticos y diplomáticos, y fueron el ministro de Estado García Prieto y su consejero, verdadero jefe de ministerio, González Hontoria, los que hicieron el Tratado de 1912, por virtud del cual la parte española quedó reducida a menos de la décima parte de la que yo había hecho; es decir, quedó la zona actual y, además, dependiente del Sultán y de Francia, en lugar de ser una zona completamente libre, como la que trazamos nosotros en 1902.

En 1904, quedó la zona española en manos del Gobierno de Madrid, y a mí me nombraron comisario especial.

LA PENETRACIÓN PACÍFICA

Había llegado mi hora. Tenía la misión de preparar la penetración pacífica. La zona no había sido declarada oficialmente; claro que yo, que había trazado las zonas de 1902 y 1904, conocía los límites de ambas, y me propuse inmediatamente preparar la penetración española según nuestro programa.

Nada de conquistas; inteligencia con el indígena. Nada de administración colonial; reducción de la plantilla a un muy pequeño número de funcionarios capaces y honrados para estructurar la organización administrativa.

Las primeras que se opusieron fueron las altas clases sociales. El Rey me ofreció su apoyo incondicional. Ahora veremos cuál fué mi primer tropiezo con S. M. Finalmente, vine a tropezar con el Rey y los frailes franciscanos. Me dijo Merry del Val, como ministro de España en Tánger, que no había elementos para construir en Tánger un hospital para indígenas, y que era una cosa esencial para confraternizar con ellos.

El médico allí tiene una influencia enorme, y por eso los franceses construyeron en Tánger un buen hospital, mientras que nosotros teníamos un hospital de frailes y monjas, donde, el enfermo, lo primero que encontraba era un crucifijo a la cabecera de la cama, y donde le ofrecían caldo del puchero, hecho con tocino. ¡Un horror para el moro! No había dinero, y me dijo que para realizar esta obra hacían falta treinta mil duros.

Pedí audiencia al Rey, porque me había propuesto hacer de aquella obra un asunto nacional. Me preguntó qué cantidad hacía falta, y le dije que unas 200.000 pesetas, que pensaba pedir a un amigo, seguro de obtenerlas si S. M. recomendaba el sablazo. En efecto, obtuve del marqués de Casarriera 300.000 pesetas para construir un hospital. Me encontré con que el Rey quería fundar una escuela, entregando el dinero a los frailes franciscanos. Hice todo lo posible por evitarlo, pero no lo pude evitar. En cambio, concité contra mí el rencor del Rey y de los frailes.

Y es tan incapaz el Estado español, que, teniendo el dinero para el urgente hospital, aun no lo ha construído. Se lo gastó en la escuela-convento.

TRES ELEMENTOS INDISPENSABLES

Empecé entonces una campaña que se reducía a querer darle a nuestra introducción en Marruecos un carácter mercantil en lo posible, al propio tiempo que trabajábamos nosotros en la civilización de los indígenas, mediante los tres factores que yo creía indispensables: el médico, que atendía las dolencias humanas; el albéitar, que atendía las dolencias del ganado, y el perito agrónomo, que atendía al cultivo y al plantío. Con esos tres elementos —calculaba yo—, la conquista de Marruecos era una cosa segura; porque los indígenas obedecen a los estímulos materiales que se deducen de la intervención de esos tres elementos. Había yo procurado para esto que la dirección de la Legación marroquí estuviese lo más posible en Barcelona, porqué así tendría un carácter mercantil e industrial, o sea, de expresión económica, ya que desde Madrid —decía yo— acabaríamos en una militarada. Quería también la colaboración de Portugal, y lo intenté yendo desde Madrid a Lisboa a ver a don Carlos. Hablé con el ministro de Estado, le expuse mi deseo, mi propósito político, del que no había dicho una palabra al ministro de Estado español, pues me hubiera impedido realizarlo. Pedí la audiencia. Efectivamente, pocos días después, volví para ver a don Carlos; pero, el primero de febrero, le asesinaron, sin que pudiera hablar con el monarca portugués (febrero de 1908). Así fracasó el propósito de la acción peninsular en Marruecos. Y de la misma manera mi proyecto de acción catalana, que el Rey, aunque se lo expuse claramente, no entendió nunca.

EL AMIGO DE LOS RIFEÑOS

Pronto conseguí de los musulmanes una intervención grande en sus asuntos. Me llamaban "sahebt-ruafa" (amigo de los rifeños). Venían a mi casa tribus enteras. Fué entonces cuando la Legación de España me opuso todo género de trabas. Fué el día que estuvieron en mi casa todas las mujeres de Si-Auen, por haber libertado a dieciséis hombres de su tribu, cuando Merry me dijo:

—¡No es tolerable que el señor Reparaz tenga entre los moros más influencia que la Legación!

Si Merry era un majadero incapaz de estudiar un asunto; si todos los individuos de allí estaban en el mismo caso, ¿cómo era posible que en Marruecos tuviese ninguna influencia? La influencia se obtenía del modo siguiente, y citaré un caso entre muchos:

Fueron de Cataluña dos individuos de Blanes, entendidos en agricultura, a estudiar las posibilidades del terreno en aquel país. Les guié a través de los campos, que conocía muy bien, y al observar que no llevaba siquiera una triste pistola, me preguntaron:

—¿Qué armas lleva?

—¡Ninguna! —contesté—. No llevando armas voy acogido a la hospitalidad musulmana, y nada malo puede ocurrirme.

Esta manera de entender la cuestión marroquí no la comprendían en Madrid. Mis amigos los catalanes quedaron muy admirados de este procedimiento de penetración.

Recorrimos la vega de Tetuán y, entre otras, encontramos una casa que pertenecía a un moro muy rico, en una de cuyas huertas los naranjos estaban enfermos (de "pel roig").

Esta enfermedad se había extendido por todo Marruecos. Al día siguiente, el moro nos invitó a mí y a mis amigos a tomar el té; le hablamos de que habíamos visitado su huerta y que habíamos descubierto la enfermedad de los naranjos, pero que nosotros sabíamos la manera de curarla. Contestación: "Si vosotros curáis los naranjos, la tercera parte es vuestra".

—Ahí tenéis la manera de conquistar Marruecos sin un soldado —decía yo a los catalanes—: haciendo el bien en vez de hacer el mal.

LA TEORIA COLONIAL DE LOS MINISTROS

En cambio, oíd ahora la teoría colonial del señor Ministro. Había yo conseguido que fuera de Barcelona una representación de la Mutua y del Fomento, con muestras de productos catalanes, que se expusieron en la Cámara del Comercio de Tánger, y fuí a visitar al ministro, del que no logré conseguir que visitara la exposición, y le expliqué la importancia que tenía aquel género de penetración. Contestación del señor Ministro: "Sí, pero aquí lo que hace más falta como elemento colonial es un buen sombrerero y un buen callista". Yo, al escuchar aquella manera de considerar, me quedé confuso y avergonzado de mi ignorancia, por no haber oído nunca nada parecido. Un día me llamó el ministro para informarme acerca de un pago de 2.000.000 de pesetas a una sociedad extranjera, y me entrega el asunto; lo estudio; veo que los títulos de propiedad son falsos y que no hay que entregar nada. El Gobierno se obstina en pagar 2.000.000 de pesetas. Yo informo en contra, y cuando me presento con el informe, el ministro trata de convencerme de que los 2.000.000 de pesetas deben pagarse. Yo me aferro al dictamen y me opongo a que se paguen. Consulto a Merry, ministro de Estado, el cual insiste en que hay que pagar. Como me niego a firmar, Merry me dice:

—Pero, vamos a ver, ¿usted qué interés tiene en ahorrarle al Estado 2.000.000 de pesetas?

Yo le contesté:

—Informo según mi conciencia. Si hay otro que firme, busque otra firma.

A esto se añadieron las complicaciones suscitadas por mis demás empresas de penetración, todas sanas y limpias, y vi que era demasiado débil para oponerme a la conquista de Marruecos por el ejército que se preparaba, y el capitalismo rapaz, la garra de la Administración sobre el bolsillo del contribuyente, porque pronto advertí que había un interés elevado en que se pagaran los 2.000.000 de pesetas. Yo sabía que el gerente de la entidad tenía muchas simpatías en Madrid y brindaba un millón de premio a quien le cobrara la cantidad.

PROCEDIMIENTOS CLASICOS

Así las cosas, viendo que yo era un obstáculo y el Gobierno deseaba deshacerse de mí, y no pudiendo conseguirlo de otro modo, la Legación, el Consulado y el Obispado, inventaron un mitin, pidiendo mi destitución, tramando mi asesinato.

Bastará saber que la casualidad me libró del asesinato que se planeó contra mí el 5 de febrero de 1911, sobre el muelle de Tánger. Vine a la Península llamado por García Prieto; porque fué preciso que me llamase el ministro de Estado para que yo viniese a España. Y entonces, sabiendo que era un sitio solitario, se preparó un asesinato contra mí, en un lugar donde nadie pudiera haberlo evitado. Pero la casualidad lo evitó, y el azar quiso que saliera con vida, sin darme buena cuenta de ello.

Días después llamé a mi mujer a Madrid, y al llegar le dije que había estado a punto de que Merry del Val le diera el pésame. Mi mujer me contestó, muy sonriente: "Y tú crees que hubiera salido vivo de casa?"

NO ENCONTRÉ JUSTICIA EN MADRID

No encontré justicia en Madrid. Desde el momento en que tenía al Rey enfrente y al presidente del Consejo, Canalejas, no hallé modo de que ninguna persona hiciera nada por mí. La Prensa entera también la tenía en mi contra, por no haber ningún periódico republicano a quien esta mi primera batalla con el Rey le interesase. "España Nueva", de Rodrigo Soriano, que hoy es embajador de la República en Chile, debía de tener miles de razones para atacarme desaforadamente. Su corresponsal en Tánger, Zamorano, era un contrabandista a sueldo de Merry. Después de tres meses de luchar, me di por vencido y me volví a Tánger. De aquí pretendieron expulsarme también; pero me quedé mediante un procedimiento que no hay por qué recordar. Y baste deciros que fué al abrigo de mi doble nacionalidad: pues los propósitos del Gobierno eran, ya que no me habían suprimido, suprimirme de Tánger mandándome a cualquier parte.

EL ROBO DE LAS MINAS DEL RIF

Me marché al cabo de dos años; pero viendo cómo quedaba preparada la penetración militar y crematística. El primer paso de la tropa capitalista había sido el robo de las minas del Rif a los "guelaya", que bien vale la pena contarlo, aunque sea abusar de vuestra paciencia.

Reuníanse en el café de Lisboa, en Madrid, unos carniceros y traficantes, que convinieron en que se podría hacer en el Rif un buen negocio con el Rogui, en pieles de carnero que les faltaban. Dicho y hecho. Reunieron 15.000 pesetas y enviaron un emisario al Rogui. Presentóse, pues, el aludido ante el Rogui. Este, al ver las 15.000 pesetas, dijo al enviado:

—Mira, este negocio tuyo no vale gran cosa; tú me dejas las 15.000 pesetas y yo te dejo las minas del Beni-bu-Frur. Y para que veas de qué se trata, te enseñaré el mineral.

Comprendió el enviado que si no dejaba las 15.000 pesetas dejaría la cabeza, y aceptó. Cuando, al regresar, enseñó a sus socios en vez de miles de pieles de carnero un papel ininteligible y unos trozos de hierro, cercanos anduvieron de hacer con él lo que él temiera del Rogui.

Examinadas las muestras por el ingeniero Alfonso del Valle y en el laboratorio de la Escuela de Minas, el resultado fué éste: hierro ologístico excelente. Enterados Comillas y Romanones, corrieron en puja a ofrecer gruesas sumas al Rogui. Concertáronse entre ellos, cesó la puja, y pagaron cerca de un millón de pesetas al aventurero argelino. Pero cuando quisieron tomar posesión, los "guelaya" se opusieron. Las minas eran suyas, no del Rogui. La venta era nula. Ellos eran los únicos que podían vender. Quisieron entonces los capitalistas compradores apoderarse del tesoro, pidieron auxilio al Estado español, dióselo éste, gracias a que el Rey estaba metido en el negocio, y surgió la guerra, que costó 300.000.000 de pesetas y unos miles de vidas de proletarios, entre ellas las dos mil del barranco del Lobo. Acumulando cadáveres, hacían los capitalistas pingües negocios.

Así se ganaron las minas que ahora los generales facciosos han entregado a Alemania.

Preparóse para más adelante nueva campaña. Reuniéronse en Tetuán unos 15.000 hombres y, finalmente, comenzó la conquista total del Rif, con el desembarco de Silvestre en Larache, el 5 de junio de 1911.

CAMPAÑA GUERRERA EN PROVECHO PARTICULAR

De mis estudios de la tierra y el clima de Marruecos, había deducido que el cultivo de la remolacha podía ser allí muy productivo. El Imperio consumía unos 22 millones de francos oro de azúcar y no existía en todo él una sola fábrica, porque a nadie se le había ocurrido lo que a mí. Hablé de ello a don Alfonso una tarde, aquí en Barcelona, en Capitanía. Parecióle magnífico el proyecto y díjome: "¡La gran idea! Va usted a interesar en el asunto de Marruecos, que no interesa a nadie, a los cinco millones de españoles que viven de la remolacha".

Me recomendó que llevase el negocio a la Sociedad General Azucarera y que no dejase de ver a Benalúa. Hícelo como quería.

La Junta de la Sociedad, presidida por don Isidro Torres, oyó mi proposición. Sus ingenieros, allí presentes, votaron en contra de mi proyecto, alegando que el terreno y el clima no se prestaban para lo que yo quería. No conocían la materia sobre la que informaban. Propuse que la Sociedad gastase unos miles de pesetas en experiencias. Era la única manera de saber quién tenía razón. Decidió la Sociedad hacerlas; establecimos tres campos de cultivo para la remolacha: Tánger, Tetuán y Larache. Añadimos un cuarto campo para la caña. El resultado fué magnífico. El azúcar llegó y aun pasó, en algunos casos, del 20 por 100. Toneladas de raíz por hectárea, más de 60. Precio de fábrica del kilo de azúcar: 25 céntimos.

Pero si mi negocio era bueno mercantilmente, mayor importancia tenía políticamente. Era un incomparable instrumento de penetración pacífica. La fábrica distribuía semillas al labrador indígena; éste llevaba la raíz a la fábrica en determinada época, pagándola al contado. Quedaba la vida de aquél dependiendo de ésta y con ingresos fijos y seguros. Nunca el moro cogería un fusil contra la fábrica, y en defensa de la fábrica marcharían siempre todos los fusiles de todos los moros. ¿Consecuencias de mi descubrimiento para mí? Las más inesperadas. Visto lo magnífico del negocio, los señores de la Sociedad General Azucarera decidieron robármelo para explotarlo ellos. Benalúa metióse el informe técnico en el bolsillo y presentó la dimisión de consejero. Y con el informe se fué a fundar una Sociedad azucarera para producir azúcar de remolacha en Marruecos y quedándose precisamente con las tierras, cuya adquisición había yo propuesto a la Sociedad que me robaba: el adir del Sultán entre Larache y Alcázar. La nueva Sociedad que había de enriquecerse con mi idea, la componían poderosos financieros presididos por el rey de España, que llevaba buen número de acciones liberadas: eran Benalúa, Romanones y Menéndez, el llamado "Rey de la Patagonia", asturiano acusado de la muerte de muchos indios, pero riquísimo. Silvestre iba en nombre de todos a tomar posesión del adir del Sultán (unas 9.000 hectáreas). Pero, aunque anduvo ligero, llegó tarde. Aquella misma mañana el adir había sido vendido a Rothschild. Los colosos financieros habían sido completamente derrotados por un escritor proletario, rico en ideas, pobrísimo en pesetas.

Parecida suerte tuvo el ejército. Unos milicianos moros, sin más armas que fusiles, le derrotaron en los campos de batalla, aunque España llegó a mandar 180.000 hombres al Rif, siendo lo maravilloso del caso que cupiese allí tanta gente, en recipiente tan pequeño.

LA INCAPACIDAD MILITAR

Este ejército tuvo toda clase de tropiezos. Lo que caracterizaba al Estado Mayor español, según uno de los principales periódicos ingleses, que no recuerdo si era el "Daily Mail", era su grotesca incapacidad.

Nunca los generales tuvieron en frente más de mil o mil quinientos rifeños. El desastre de Annual lo hicieron escasamente unos mil moros. De ese modo se inició la toma de Igueriben y la de Annual. Hay que hacer

constar que el ejército del Rey estaba dividido en fracciones, disperso por más de setecientos fortines, de modo que venía a ser una nebulosa militar, débil en todas partes.

INFERIORIDAD DEL SOLDAO ANTE EL RIFEÑO

La mayor parte de los soldados no tenían la menor preparación, pues había muchachos que estaban en el frente con cinco días de ejercicio de tiro. Estos se encontraban ante un enemigo que manejaba el fusil desde la edad de los doce años, como sucede al rifeño. En Marruecos, todo muchacho en edad viril, que es entre los doce y los catorce años (en cuya edad les hacen una operación especial), en seguida recibe el fusil correspondiente. Aquí, los soldados, que no eran en realidad soldados, que no conocían la guerra, que no llevaban ninguna idea patriótica, porque iban a la conquista para otros de un país que no era enemigo, ¿qué podían hacer?

Estos pobres chicos se encontraban siempre frente a guerreros perfectamente preparados para la lucha. Así es que, teniendo ellos ametralladoras, aviones y material moderno, eran incapaces de hacer frente a guerreros armados apenas de fusiles; y de ahí, las derrotas y caídas de las posesiones. Así ocurrieron después de Annual otros desastres importantes y no menos sonados. Al de Annual, que costó 14.000 vidas, siguieron los de Uad Lau y la retirada de Xauen.

Primo de Rivera, que no dirigió más operación que la de Laucien, en la que fué derrotado, imaginó una retirada estratégica que costó más muertos que la de Monte Arruit, sólo que los periódicos no le dieron la misma importancia por estar sometidos a la Dictadura todos los periodistas españoles. La ocupación del Rif por 180.000 soldados, no tiene nada parecido en la Historia, y es el barómetro que mejor gradúa la temperatura moral de nuestro Estado Mayor.

MIENTRAS LOS SOLDADOS NO HAN ELEGIDO SUS JEFES, NO HAN GANADO GUERRA ALGUNA

Si el ejército español no hubiera ganado la guerra del Rif, no hubiera sido lo que es ahora. Es, así, un ejército derrotado, y este ejército derrotado constantemente no ha conseguido ganar guerra alguna, ni aun ésta de ahora, que ha empeñado con su propia nación, y para que sus soldados hayan recuperado el crédito militar, ha sido preciso al ejército perder su casta superior y que sea el pueblo español el que únicamente lo forme. Es decir, que mientras los soldados no han elegido sus jefes, no han ganado ninguna guerra. Los soldados, hijos del pueblo, ganarán ésta porque estoy seguro de que, sin sus antiguos jefes, forman uno de los mejores ejércitos que existen en el Mundo.

Hace seis o siete años, el Estado Mayor inglés quiso conocer la situación y fuerza del ejército español y envió un comandante, creo que de artillería, a estudiarla. Fué muy bien recibido por Primo de Rivera, estudió todo a fondo, y, al marcharse de Barcelona a Baleares, coincidió con un amigo mío, hijo de ingleses, y que también hablaba el inglés, que hizo el viaje con el comandante británico. Los dos intimaron. El comandante hizo algunas confidencias y, apremiado por mi amigo, que era muy inteligente y muy curioso, para que le contestara qué pensaba del ejército español, el comandante le respondió:

"El ejército español constituye una masa incoherente, incapaz de recibir el choque de ningún ejército europeo". Efectivamente, así fué mientras estuvo mandado por jefes y oficiales de las Academias, pero desde el momento en que los soldados se han encontrado solos o con jefes elegidos por ellos, se ha estrellado contra el ejército más temible del Mundo entero.

Aquí tenéis lo que ha hecho el Estado español; es decir, lo que ha hecho en la zona de Marruecos, que, bien dirigida, bien administrada, hubiera podido servir de cuna a un nuevo imperio español.

LO QUE SE DEBE HACER

Y ahora, amigos míos, abordaré el tema de "lo que hay que hacer". Todo. Y ese todo se complica con la necesidad de desbaratar el absurdo tinglado que tan caro le ha costado a la nación y el trabajo, paralelo al de derribo, de dotarnos a nosotros mismos de la superioridad que nos falta.

Los capítulos de esta obra magna son:

EN MARRUECOS SE TRAMABA LA RESTAURACIÓN

Cuando vino la República, hice lo posible para evitar la catástrofe que iba a venir, porque sabía que en Marruecos se tramaba la restauración de la Monarquía, pero en condiciones iguales o peores que antes. La caterva católica y militarista, para la cual parecía insuficiente el infeliz Alfonso XIII, se creía ser la que debía regir los futuros destinos del país. Como sabía esto, me propuse informar a los hombres de la República y me fui a visitar al que había de ser su presidente, Alcalá Zamora, al que, la verdad sea dicha, me admiraba ver en aquellas alturas. Le expuse la cuestión urgente que a mí me pareció necesario plantear, y le dije:

— El cáncer de Marruecos ha dado muerte a la Monarquía; el cáncer de Marruecos matará a la República, si no se apresuran a extirparlo.

Me preguntó qué había que hacer, y la dije:

— Todo. Porque lo que hay hecho no sirve para nada y hay que empezar de nuevo.

Me contestó:

—Pues hágame usted la memoria, y de ella es lo que sigue:

1.° Desmilitarización de las zonas, sobre todo la del Norte.

2.° Desmontar la máquina administrativa. La que existía era rudimentaria, imperfecta, pero baratísima, y funcionaba desde hacía siglos. El Gobierno español, que todo lo ignoraba, ignoró la máquina y montó la suya, mala, compleja, inadecuada, ineficaz y costosísima. Hay que encargar a persona competente una memoria en la que, partiendo del modelo indígena, se organice, mejorándola, la administración indígena, con elementos indígenas, con la mayor cooperación de éstos que sea posible.

3.° Expulsar directamente, o haciéndoles la vida difícil (sistema fascista), a los taberneros, dueños de garitos, explotadores de la prostitución, parásitos de los servicios del Estado de todas categorías; en suma, a toda la gente holgazana y de malvivir que allí ha ido a colonizar a su modo.

4.° Acercarse al indígena e incorporarle poco a poco al gobierno de la zona, renovando la reunión de las asambleas municipales, "yemaa", allí donde la guerra las haya suprimido, haciendo justicia y dándole a comprender que el Sultán, que era malo, ha sido expulsado de España; que ahora hay gobierno del pueblo, y que éste le tratará como amigo, no como siervo. Se invertirá el sistema actual: en vez de favorecer al español contra el moro, se favorecerá al moro, legítimo ocupante, contra el español intruso y abusón.

5.° Se revisarán los títulos de propiedad de los españoles. A la menor duda sobre su legitimidad, se convocará "mulkiya", o sea, junta de antiguos propietarios de la tierra vecina a la que esté en litigio, en la que declaren a quién conocen de tiempo atrás como dueño de ésta. Y su declaración será ley y constituirá legítimo título de propiedad en adelante, anulando cualquier concesión hecha por el Gobierno colonial.

JUSTICIA Y HONRADEZ; NO EJERCITO PRETORIANO

De la escandalosa ilegalidad de muchos de estos títulos de propiedad, hay ejemplos notables. El mayor y más sonado, el de las minas de Guelaya robadas por el Rogui, Romanones y Comillas a sus legítimos dueños. Conozco con todos sus pormenores este negocio desde su origen, y muy deliberadamente empleo el verbo robar. No cabe otro.

Para amparar a los ladrones y mantenerlos en la posesión de lo robado, hizo el militarismo español la primera campaña del Rif, cuyo episodio más altamente trágico fué la matanza de españoles en el barranco del Lobo.

La adopción de una política indígena justiciera y limpia, nos permitiría gobernar la zona sin soldados, sólo con la misma cantidad de policía que en cualquiera provincia equivalente al Rif en población. Mas para convencer al rifeño y al rebailía de la justicia, limpieza y capacidad política del español, se necesitan pruebas, es decir, actos, y algún tiempo, para que éstos surtan su efecto. Pero lo harán, seguramente.

Ya sé que la afirmación de que la zona norte de Marruecos se puede gobernar sin soldados parecerá increíble. Lo increíble es lo sucedido. Ciertamente, hoy es empresa difícil la intervención desarmada, facilísima hace veinte años; pero por el camino arriba indicado se puede llegar a ella. Cuestión de aptitud política.

Aquí tenéis lo que ha hecho España, el Estado español; es decir, las clases directoras. Lo que han hecho de la zona de Marruecos, que bien dirigida y administrada y llevando a ella este espíritu de confraternidad entre el ibero y el berebere, hubiera sido el punto de partida del alzamiento colonial a la categoría de nación colonizadora. Allí estaba la salvación, el crédito de España como nación apta para conducir. En vez de esto, ya veis lo que se ha hecho y el desastre a que hemos venido a parar.

HABIA QUE DESMILITARIZAR A MARRUECOS

Lo que más urgía era la desmilitarización de la zona. No se me dió crédito. Insistí, y no pude convenerme de que la República no viera el peligro y no advirtiera la posibilidad de conjurarlo, y entonces me dirigí de nuevo a Marruecos. Debo aclarar que el único hombre de la República que me ayudó fué Gordón Ordax, y que a él debo el haber podido hacer el viaje a Marruecos y redactar la memoria, absolutamente desconocida hasta la fecha, de la cual os leeré el párrafo siguiente:

"Lo capital, política y económicamente, es la retirada del ejército de ocupación. Esto, que parece lo más difícil, es lo más sencillo. Las tropas quedarán acuarteladas en las plazas peninsulares de la costa, de Cádiz a Almería. En los puertos respectivos, habrá el material necesario de trasporte para trasladarlas en pocas horas a la zona, si se creyese necesaria su asistencia. Y como estas fuerzas devengarían sólo los sueldos de la Península, de aquí una economía que en total pasaría bastante de veinticinco millones de pesetas desde luego. En cambio, habría que tener un pequeño grupo de tropas escogidas, mandadas por jefes y oficiales de primer orden y muy bien pagados. No serían más de 6.000. También se instalarían tres buenos campos de aviación, en Tetuán, Targuist y Melilla. Con esto, quedaría bien guardada la zona, y la economía pasaría, en el presupuesto próximo, de 30.000.000 hasta llegar en dos presupuestos a dejar los gastos de la zona en un total de unos 20.000.000 de pesetas. No debe costar más, y ni aun eso."

INCOMPETENCIA ABSOLUTA

Yo añadí que lo primero que tendríamos que hacer, a la menor complicación interna, era retirar las fuerzas nuestras de Marruecos, para que no nos las copasen en la zona, y, por lo tanto, era insensato sostener unas tropas que habría que suprimir cuando las fuésemos a necesitar. Todo esto lo traje de Marruecos, en mi viaje hasta el Atlas. Desgraciadamente, mientras realizaba este viaje, se planteaba el problema del cambio del Gobierno y me encontré de presidente del Consejo a Samper, que quizá me hubiera atendido si le hubiese presentado el proyecto de una horchatería en Valencia.

Pero mi proyecto de levantar un monumento en Agmet, al pie del Atlas, a Motamid, gran escritor árabe de Occidente, y cuyo proyecto hubiera traído para nosotros una gran corriente de simpatías en todo el mundo islámico, no encontró eco en Samper, Lerroux, Marraco ni otros ministros, que ni siquiera se dignaron contestarme. Esto prueba la absoluta incomptencia de los hombres que formaron la cuadrilla republicana que continuó a la Monarquía y han consumado el desastre de España, afirmando en el concepto europeo que somos, no una nación punto de partida de una nueva etapa heroica, sino una colonia que debe ser repartida entre los potentados de Europa; porque de esto se trata hoy únicamente. Nuestra sola reputación, la que tiene que desengañar a Europa, es la que están creando nuestros valientes milicianos con las armas en la mano.

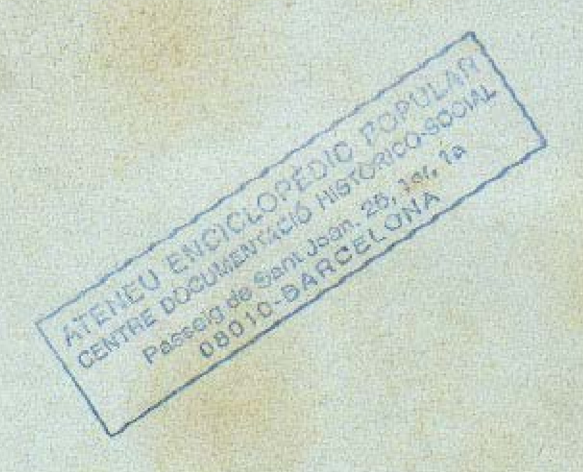
TODAVIA NO ESTA HECHA LA REVOLUCIÓN

Algunas veces pienso que yo también debería coger el fusil e ir con los luchadores; pero opto por estar en este puesto, disparando estas verdades amargas, que prueban que la Revolución todavía no está hecha. Y termino aquí, compañeros, convencido de que saldremos de esta crisis, ganando nuestra guerra; pero lamentando que haya sido preciso llegar a tales extremos de dolor, sangre y ruina de España, para que se viera claro lo que yo ví hace cincuenta y seis años: que yo probaba que España era una nación capaz de cumplir una misión heroica y noble, o España sería repartida entre las naciones que no miran la paz, que no miran más que la rapiña; intentarían arrastrarla a la ruina para repartírsela; porque, como decía yo en un libro que publiqué y al que puso un prólogo uno de nuestros grandes charlatanes, Moret: "España está haciendo de nación cadáver y los españoles deben tener presente que en la política internacional los cadáveres estorban, y cuando alguno se atraviesa en el camino de los poderosos, se procede al entierro; pero primero se reparten la herencia. He terminado.

* * *

Acallados los aplausos con que se acogió el final de la interesante conferencia, el camarada Jacinto Toryho puso fin al acto con las siguientes palabras:

"Acabamos de oír, camaradas, una magnífica e inédita lección de Historia de España, que casi todos desconocíamos; porque la Historia de España ha venido siendo escrita, hasta el presente, por los mismos que están destrozando a España. Los hombres que la han vivido, nos la están enseñando ahora, porque es ahora cuando comienza a existir la libertad."



Precio: 15 Cts.